

EL HOMBRE ANTE EL DON DE LA LENGUA

Fco. Javier Satorre Grau
Universitat de València

El lenguaje, como todas las cosas realmente valiosas en la vida del hombre (el amor, la salud, la inteligencia, la propia vida), es algo que se nos da de manera gratuita. Es un don que se nos regala. Es absolutamente necesario ser conscientes del sentido del don, de la donación que se nos ofrece de manera graciosa, sin que hayamos dado nada a cambio. Se impone ante nosotros como una evidencia el hecho de que todos los hombres tenemos la capacidad de hablar, capacidad que se realiza cuando el hombre aprende una lengua determinada. De hecho no se conoce ningún grupo humano que no haga uso del lenguaje.

Hablar es el resultado de un proceso de aprendizaje (nadie nace sabiendo hablar), pero todos los humanos podemos aprender cualquier lengua. Ninguna lengua tiene restricciones o condicionamientos tales que impidan a determinado grupo humano aprenderla. Cualquier niño, de la raza o nación que sea, puede aprender con idéntica facilidad la lengua de la comunidad en la que esté instalado, sea ésta la que fuere. Otra cosa, claro está, es el aprendizaje de habilidades referentes a códigos sustitutivos, como es la escritura. A un niño chino le cuesta mucho más aprender a escribir su lengua que a un español aprender a escribir la suya.

Aunque existen realmente grandes diferencias entre las lenguas que conocemos (la lingüística establece claramente las diferencias tipológicas entre las diversas familias de lenguas), en último término hemos de reconocer que entre todas ellas existe una relación íntima que permite que sea posible la traducción de cualquiera de ellas a cualquiera de las otras. Todavía no se ha encontrado ninguna lengua que no sea traducible.

¿De dónde procede la lengua? ¿Cuál es el origen del lenguaje? Este tema ha provocado la aparición de una masa enorme de literatura que, a pesar de todos los esfuerzos de sus autores, no concluye en nada. Los datos empíricos que poseemos sobre las lenguas históricas se remontan tan sólo a unos miles de años, lo que, en la historia de la



humanidad, es algo insignificante. Siguiendo el método empleado por los antropólogos, algunos lingüistas han pretendido obtener información sobre este asunto analizando las lenguas de los pueblos a los que solemos llamar primitivos, pero las lenguas de estos pueblos presentan una complejidad, o una sencillez, semejantes a cualquier lengua de cultura. Según lo que se ha podido reconstruir del indoeuropeo, lengua primitiva de la que proceden las lenguas latina, griega, germánicas, eslavas, iránicas, el sánscrito, etc., el grado de perfección de esta lengua es desconocido por muchas de las lenguas que hoy llamamos civilizadas. Un pueblo primitivo no tiene por qué tener una lengua “primitiva”. A. Meillet decía que “ningún idioma, sea el que sea, da la idea, ni de cerca ni de lejos, de lo que ha podido ser una lengua primitiva”. No podemos ligar el progreso lingüístico con el progreso de la civilización. En todos los casos estamos ante un sistema de comunicación capaz de expresar la universalidad de las experiencias y de los conocimientos humanos.

El lenguaje es un sistema enormemente complejo, véase desde la perspectiva que se vea. Es un auténtico universo que nunca podemos abarcar. Cuanto más nos adentramos en el conocimiento de la lengua, mayor es el horizonte de nuestra ignorancia. Hay detalles que pueden servir de botón de muestra de la enorme complejidad de la lengua. Si reuniéramos a los principales sabios del mundo y les encomendáramos la misión de dar nombre a todos y cada uno de los miembros de una serie infinita de elementos, seguramente éstos renunciarían a la empresa por la imposibilidad de alcanzar el éxito. Todas las palabras del diccionario no bastarían más que para dar nombre a los 20.000 primeros elementos de esta serie infinita. Sin embargo, cualquier lengua tiene un sistema de nombres numerales que permite nombrar cualquier número; y eso, ¡empleando menos de 20 unidades léxicas! En el caso concreto del español, se aprovechan procedimientos como la composición (*mil dos*), la derivación (de *cinco*, *cincuenta*), el valor relativo de los elementos según el lugar que ocupen (si el número pequeño precede al grande, multiplica: *dos mil*; si el número grande precede al pequeño, suman: *mil dos*), etc. Y esto no sabemos quién ni cuándo lo hizo. Es tan sutil y tan perfecto este sistema de nombrar los números que me cuesta creer que unos hombres primitivos, reflexivamente, fueran capaces de hacer lo que hoy en día sería casi una empresa imposible para los sabios más destacados.

El desarrollo del lenguaje es lo que permite el desarrollo de la capacidad intelectual del hombre. Heidegger decía que “el lenguaje es la casa del Ser. Esto significa que sin el lenguaje, sin la palabra, nada puede mostrarse, nada puede aparecer ante nosotros como algo inteligible”¹. Esto viene a ser equivalente a decir que el lenguaje es el que nos hace hombres, seres inteligentes distintos del resto de los animales. Ya los autores clásicos latinos tenían plena conciencia de la relación que existía entre el uso de la lengua y la superior naturaleza del hombre con respecto a la bestias. Así, en el inicio de su *De coniuratione Catilinae seu Bellum Catilinae*, dice Salustio: “Omnes homines qui sese

¹ Martin Heidegger (1959). *Unterwegs zur Sprache*. Pfullingen: Verlag Günther Neske.



student praestare caeteris animalibus, suma ope niti decet ne vitam silentio transeant, veluti pecora...”.

Además, el lenguaje sólo tiene sentido cuando, por medio de él, se establece una comunicación intersubjetiva. Hablar es hablar con otro. Dialogar es hablar con otro, intercambiando con él los papeles de emisor y receptor. Sería absurdo un lenguaje para hombres solitarios. El lenguaje nos abre al *tú*, a la persona con la que hablamos. En gramática, al emisor y al receptor del mensaje lingüístico se les denomina primera y segunda personas respectivamente. *Persona*, primariamente, significa en latín la “máscara” con la que trabajaba el actor de teatro, el “personaje”. Podemos darle este significado al término en gramática. El que habla desempeña el papel del emisor; el que escucha, el del receptor. Pero también podemos conceder al término el sentido que en la antropología cristiana (la única antropología que hace justicia al verdadero ser del hombre) solemos darle en la actualidad: ser humano, individual, imagen de Dios, que es un ser personal. El acto de lengua siempre se lleva a cabo entre personas. El emisor y el receptor son siempre personas; el resto, a lo que se suele llamar tercera persona, lo que no es ni emisor ni receptor, es la no persona.

“El lenguaje”, según Heidegger, “no es una mera facultad humana; su carácter pertenece al carácter propio del encuentro cara a cara de las cuatro regiones del mundo”: el cielo, la tierra, Dios y el hombre. El lenguaje es la relación de todas las relaciones, lo que mueve el mundo.

Algunos pensadores cristianos, como De Bonald o De Maistre, defendieron a principios del siglo XIX el origen del lenguaje basándose en una interpretación literal del relato del Génesis. Hoy en día la exégesis bíblica ya no entiende así la Escritura, pero no por eso el hombre deja de ser obra del acto creador de Dios. Dios crea por medio de la palabra: “Y dijo Dios...” (en los textos teológicos a Dios se le suele llamar el “Dicente”). Es más, Dios habla consigo mismo; en el momento de crear al hombre, en Gn 1,26, dice Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. El ser humano, hombre y mujer, hecho a imagen y semejanza de Dios, está dotado de la capacidad de hablar; acto a través del cual no sólo toma posesión del mundo (Adán pone nombre a todos los vivientes), sino que se relaciona con su Creador. Dios habla con Adán y con Eva, y luego hablará a su pueblo a través de Moisés y de los profetas. Y más tarde nos enviará a la propia Palabra encarnada (6"Â 7` (eH F•D> ;(X<, J@). Yo no soy teólogo, y no tengo autoridad sobre estos temas, pero es innegable que san Juan, en el prólogo de su Evangelio, dice que W< •DP± µ< Ò 7` (eH [...] 6"Â2, ÎH µ< Ò 7` (eH (“En el principio era la Palabra [...], y la Palabra era Dios”). Casi estoy proponiendo el desarrollo de una lingüística teológica o de una teología lingüística. Lo cierto es que el lenguaje está entre las manifestaciones de Dios, y es el instrumento a través del cual se ha relacionado con nosotros.



La capacidad de hablar es un don que Dios nos ha dado a todos los hombres. El hombre, desde el momento que lo es, es *homo loquens*. Como don que es, es gratuito, pero hemos de saber acogerlo, recibirlo y administrarlo correctamente.

La capacidad de hablar, como todas las capacidades –por ejemplo, la inteligencia–, exige un cultivo para poder llegar a su pleno desarrollo. Una piscina tiene más capacidad que un vaso, pero un vaso lleno contiene más agua que una piscina vacía. La lengua se aprende; es necesario un proceso de aprendizaje que exige dedicación y trabajo. El niño que aprende a hablar no es consciente del trabajo que hace, pero el adulto que aprende una lengua desconocida sabe el enorme esfuerzo que ello exige. Hablar supone un proceso de codificación más o menos complejo, según la densidad del contenido comunicado. Somos capaces de entender mensajes muy elaborados cuando los podemos descodificar correctamente. El grado de inteligencia de una persona es directamente proporcional al nivel de su competencia lingüística. No entender un asunto es no comprender las palabras que le sirven de soporte. Cuando las palabras se entienden, se hace la luz y todo es claridad. No podemos hacer un uso responsable de este don, que es el lenguaje, sin un cultivo adecuado de nuestra competencia lingüística. Los mensajes realmente interesantes, importantes de verdad, no pueden transmitirse por medio de mensajes que no exijan trabajo a la hora de descodificarlo (los libros de filosofía o de física cuántica no se pueden leer como un tebeo).

La lengua, pues, debe ser cultivada y amada, tratada con respeto y veneración, huyendo tanto de la zafiedad en su uso como de la afectación. Cervantes, en el *Quijote* (II,19), propone que lo mejor es “decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes”. No habla mejor el que emplea un lenguaje más culto, sino el que lo emplea de manera decorosa, adaptándose a los condicionamientos del lugar y de su interlocutor.

La lengua está en la base del desarrollo político. Lo que, desde la antigüedad clásica, distingue a los pueblos civilizados de los hombres salvajes es que, en los primeros, el poder lo ejerce el más inteligente, que gana su puesto en un parlamento (senado, arcópagos, ágora, o comoquiera que se llame), frente a los segundos, en los que el poder lo detenta el más fuerte. Fuerza bruta frente a inteligencia-lengua (repárese en el significado etimológico de *parlamento*). En los pueblos civilizados la fuerza reside en las ideas, es decir, en las palabras. La Retórica, *ars bene loquendi*, nace en Grecia y en Roma como una necesidad política. Los que tenían ambiciones de poder político necesitaban aprender a hablar con elocuencia para poder imponer sus razones a través del uso de la palabra. Palabras como las que se contienen en *El Capital* de Marx o en los Evangelios han ejercido una fuerza mucho mayor que la del conjunto de armas de todos los ejércitos del mundo.

La palabra está en la raíz del ser religioso del hombre. En todas las religiones la palabra ha desempeñado un papel fundamental: fórmulas mágicas, oráculos, etc. En nuestra religión cristiana Dios se nos revela por medio de la palabra; y todavía hoy ésta está ligada directamente a lo más sagrado: el bautismo, la consagración eucarística, la



penitencia, el matrimonio, y el resto de los sacramentos necesitan de la palabra. La oración, que nos mantiene vinculados a Dios, no es más que palabra. *Oración* quiere decir ‘acto de hablar’; es un término derivado del latín *os*, ‘boca’, de donde viene también *oral*, *oralidad* u *oración*, en el sentido gramatical del término, ‘enunciado’. La lengua es el don sagrado que Dios nos regala para que podamos establecer una relación íntima, personal o comunitaria con él.

La palabra está ligada directamente a la relación interpersonal. La lengua española está especialmente dotada para marcar las diferencias entre lo personal y lo no personal, entre *quien* y *que*, entre *alguien* y *algo*, entre *nadie* y *nada*. La lengua nos sirve tanto para referir, narrar, relatar, reflejar la realidad exterior o interior, como para dialogar, establecer contacto con un *tú* al que distinguimos como persona, equivalente a nosotros, que es el receptor de nuestro mensaje y va a tomar el turno de palabra convirtiéndose, a su vez, en emisor de un mensaje del que yo seré el receptor.

Por medio de la palabra expresamos nuestros sentimientos. No es suficiente que los hombres nos amemos; es necesario hacerlo saber por medio de la palabra. Por eso la madre habla al niño que acaba de nacer, aunque éste parezca no entenderla, por eso los novios se hablan tiernamente, los esposos se dicen su amor, y todos, en una u otra forma, manifestamos nuestro afecto por los demás por medio de la palabra. Y por eso, también, lo primero que solemos hacer cuando nos enfadamos con alguien es no dirigirle la palabra; el silencio es el castigo al que sometemos a aquél a quien queremos manifestar nuestra hostilidad.

De todo lo dicho, es preciso deducir que la lengua es una capacidad que el hombre debe cuidar, cultivar y administrar. Es un don tan valioso que no tenemos derecho a derrocharlo. Los sabios de todas las épocas han elogiado el valor del silencio. La sabiduría popular dice: “si callo, pensarán que soy tonto; si hablo, lo sabrán”. No se trata de la alabanza de la mudez, o de encomiar la renuncia a algo tan preciado como es el don de la lengua. Más bien intentan condenar su abuso, es decir, la charlatanería, el perder el tiempo haciendo uso de la lengua sin decir nada. En la antigua Grecia, el régimen de Licurgo impuso a los espartanos la prohibición de hablar para cosas que no fueran necesarias. Todavía hoy hablamos de *laconismo* cuando queremos indicar un uso de la lengua conciso, escueto y económico, en recuerdo de aquel empleo antiguo que caracterizó a los habitantes de la Laconia, región del Peloponeso cuya capital era Esparta. Algo semejante, aunque con motivaciones distintas, es lo que hicieron los hombres que abandonaron el mundo para dedicarse en exclusiva a la oración y a la contemplación. En algún caso, como en los cartujos y trapenses, el silencio es absoluto. Sólo se emplea la lengua para su uso más sublime, para orar. Allí se encuentra la “música callada” y la “soledad sonora” de las que habla san Juan de la Cruz en su *Cántico Espiritual*.

Pero si malo es el charlataneo, peor es el regreso al estado de mudez zoológica, que nada tiene que ver con el silencio sonoro de los claustros. El embrutecimiento al que se llega en algún caso, debido a las deficiencias educativas y a la zafiedad del ambiente



reinante en muchos ámbitos de nuestra sociedad, tiene, como una de sus consecuencias, la renuncia al uso del lenguaje: un empobrecimiento tal de la lengua, que prácticamente se habla con gruñidos, como las bestias. La conducta de muchos individuos en poco se diferencia del mero nivel zoológico. La renuncia al cultivo de la lengua lleva consigo la atrofia de la capacidad de pensar; la inteligencia se anula, la sensibilidad no existe y todo, en la vida de estos sujetos, se reduce a satisfacer las necesidades biológicas primarias. El espíritu se agosta en tierra tan escasa y pedregosa. Es pavoroso el nivel de conocimiento de la lengua de nuestros estudiantes. Lázaro Carreter, hace más de 20 años, en un trabajo sobre el lenguaje de los jóvenes españoles, decía que, en su opinión, un estudiante universitario debía ser capaz de emplear un vocabulario de unos 18.000 términos; pero la realidad de entonces era que pocos superaban los 5.000 o 6.000. Y eso entonces, cuando la LOGSE no había empezado aún a hacer sus estragos. En las últimas pruebas de selectividad de las que he formado parte del tribunal, un catedrático de física de la Universidad me comentaba que el 70% de los suspensos de su asignatura no se debía a desconocimiento estricto de su materia, sino a que los estudiantes no entendían el enunciado de los problemas. El fracaso escolar es, en gran medida, consecuencia de un conocimiento de la lengua muy deficiente.

Esta mala formación de la competencia lingüística y, como consecuencia de ello, la escasa capacidad intelectual y crítica propician algo mucho más peligroso: la indefensión ante la manipulación y la mentira.

Los vocablos de una lengua pueden experimentar procesos de envilecimiento, por distintas razones, que hacen desaconsejable su uso. La comunidad de hablantes reacciona creando términos nuevos con los que designar la misma realidad, o introduciendo términos de otras lenguas para ese mismo cometido. Esto sucedió cuando el cristianismo llegó a Roma. El amor que predicaban los primitivos cristianos no tenía nada que ver con el *amor, eros*, imperante en aquella sociedad pagana. Una expresión como *Deus amor est* hubiera provocado la hilaridad de cualquiera en la Roma antigua. Por esa razón, los cristianos introdujeron términos nuevos como *caritas*, derivado de *carus, diligere* por *amare*; helenismos como *praesbyter, episcopus, diaconus, ecclesia*, etc., porque los vocablos propios latinos no valían. Pero, a lo largo de la historia asistimos a procesos de envilecimiento semántico sorprendentes. Así, por ejemplo, se ha producido un proceso de dignificación de *amor* y un proceso paralelo de envilecimiento de *caridad*. En el presente siglo, *caridad* se ha convertido en un término que no pueden utilizar ni los cristianos, porque huele a beata y a naftalina, mientras que términos nuevos, como *solidaridad*, han ocupado su puesto, pero son monopolio del llamado progresismo laico. *Caridad* es lo que hace la señora enojada que le da una monedita al mendigo que está en la puerta de la iglesia; *solidaridad* es lo que hacen las ONG en pro del desarrollo y del progreso de los pueblos más desfavorecidos. *Caridad*, el término más noble de nuestra lengua, aquél con el que san Jerónimo tradujo la relación de ecuación que san Juan estableció en su primera carta: **Ô 1, Î H • (VBO ¡FJ) < *Deus caritas est*; y nosotros no podemos utilizarlo, posiblemente**



por culpa nuestra. Hoy no se entendería *Dios es caridad*. El prestigio de *solidaridad*, o de *amor*, han desbancado ¿definitivamente? a *caridad*, término estigmatizado y cargado de connotaciones negativas. La Revolución Francesa se apropia del concepto (y del término) de *fraternidad* universal, que sólo puede entenderse si aceptamos que Dios es nuestro padre común, desde supuestos completamente laicos, excluyendo a Dios y adorando a la Diosa Razón. Y la progresía de este mundo lo acepta sin discusión.

Con cierta frecuencia, estos procesos de dignificación o de envilecimiento de distintos términos son el resultado de planes perfectamente diseñados y llevados a cabo con fines tan evidentes como difíciles de combatir. Determinados grupos de presión pretenden justificar sus conductas por medio de la creación de un lenguaje eufemístico y edulcorado que sirve para ocultar la realidad. Esto a veces ocurre en casos de escasa relevancia social o moral, como cuando a los *ancianos* se les llama la *tercera edad*, o cuando a las *criadas* se las denomina *empleadas del hogar*. Como si el cambio de palabra supusiera automáticamente una dignificación del estatuto de los miembros designados por ella. Pero hay casos en los que el término eufemístico se emplea claramente para engañar, para ocultar, o por lo menos maquillar una realidad objetivamente malvada. Así, se presenta el *aborto* como la *interrupción del embarazo*, como si el embarazo fuera algo que se puede conectar o interrumpir cuando uno quiere; o se habla del *derecho de la mujer a tener o no tener un hijo*, cuando lo que realmente se quiere decir es el “derecho” de una mujer a tener un hijo vivo o un hijo muerto; el *genocidio*, la matanza indiscriminada de un pueblo entero aparece expresado con el profiláctico término de *limpieza étnica*; los *terroristas* ahora son *violentos*; *progresista* se entiende como sinónimo de partidario de la eutanasia y el aborto libre y gratuito; se emplea el término *normal* para querer decir *frecuente* (“eso es normal; lo hace todo el mundo”); no se emplean la palabra *marido* o *mujer* y se sustituye por *pareja* o *acompañante*, de manera que lo que es innombrable por conveniencia social (lo “políticamente correcto”) se convierte en una realidad casi vergonzante (cuando alguien se quiere casar le dan el pésame). Ya no se habla de *novia*, sino de *amiga* o de *chica*. En cambio, *novio* o *novia* son palabras que vienen a significar en la lengua actual el *querido* o la *querida* con quien alguien que ha visto roto su matrimonio mantiene una relación más o menos estable. Ser homosexual es una *opción*, una elección, como si el resto de la humanidad que no lo es hubiera renunciado a la libertad de elegir la “orientación sexual”. Se imponen términos deshumanizadores, gregarios; todas aquellas palabras que dignifican al hombre se intentan evitar usando en su lugar palabras despersionalizadoras: en vez de *persona* se dice *individuo*; en vez de *humanidad*, *colectividad*, en lugar de *procreación*, *reproducción*. La lengua se encarga de crear una nueva realidad engañosa en la que los valores son falsos. La lengua ha pervertido su uso; este don que el Creador nos ha dado, lo empleamos para la mentira y el engaño.

La mentira es el empleo del lenguaje para embaucar, para engañar a sabiendas de que se está engañando. La mentira es un procedimiento diabólico, es el mal. El relato bíblico del Génesis hace recaer en la mentira de la serpiente el origen del pecado y del desorden



consecuente. Frente a la mentira se alza, resplandeciente, la verdad. La verdad es el bien. En el interrogatorio de Pilatos a Nuestro Señor en el Evangelio de san Juan (18,37), dice el mismo Jesucristo: “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”. Jesucristo se identifica él mismo con la verdad (“yo soy el camino, la verdad y la vida”). La mentira es la mayor perversión de la palabra: emplear este don, que se nos ha concedido al servicio de la falsedad. La mentira emplea frecuentemente procedimientos sutiles para enmascararse y no darse a conocer, aunque, eso sí, sigue produciendo los mismos efectos destructores. Entonces es cuando es más peligrosa.

La historia nos proporciona tristes ejemplos de hasta dónde podemos llegar con la manipulación del lenguaje. La propaganda (participio de futuro pasivo de *propagare*, lo que debe ser propagado), por ejemplo, es la difusión de ideas e información con el fin de inducir o intensificar actitudes y acciones específicas. En sí misma la propaganda, no sólo no es mala, sino que es algo sumamente recomendable, si el objeto de la propagación lo merece y los medios empleados son honestos. Pero, con frecuencia, se convierte en falsa y engañosa; el propagandista distorsiona la realidad, apela a la pasión y a los prejuicios, anula la capacidad crítica y termina manipulando a aquéllos a los que va dirigida. El secreto de la eficacia reside en el empleo de un lenguaje persuasivo adecuado y el control de los medios de comunicación. El nivel de éxito de una acción propagandística está en relación directa con la dificultad que tengan aquéllos a los que va dirigida de acceder a una información alternativa (en Cuba está prohibido el empleo de Internet y el acceso a emisoras de radio o televisión extranjeras). Para persuadir vale todo: se apela a los sentimientos, se halaga al destinatario, se le engaña exagerando las bondades de la conducta que se pretende inculcar. No interesa la información, sino estimular el deseo y la adhesión del receptor del mensaje. La ocultación de los objetivos reales y la mentira son requisitos necesarios para la eficacia del propagandista. Los regímenes totalitarios han demostrado claramente la eficacia de este sistema de manipulación de conciencias: Goebbels dirigió todo el aparato de propaganda del régimen nacional-socialista y fue capaz de convencer a millones de alemanes de la necesidad de eliminar a todos los judíos. Decía: “una mentira repetida muchas veces se convierte en una verdad”. Los mensajes deben ser sencillos, fáciles de descodificar, llenos de estereotipos semánticos y se deben repetir hasta que el destinatario los asuma sin resistencia.

² Es paradójico que, siendo la filosofía la búsqueda de la verdad, haya en la actualidad filósofos que nieguen que la verdad pueda existir. Emanuele Severino, en el libro de Umberto Eco y Carlo Maria Martini (1996). *En qué creen los que no creen*. Madrid: Temas de hoy, afirma: “(...) el pensamiento contemporáneo es la consciencia de que no puede existir ninguna verdad distinta del devenir, o sea, del propio atropello de toda verdad” (p. 105); “(...) resulta ilusoria la tentativa de salvar al hombre contemporáneo recurriendo a las formas de la tradición metafísico-religiosa” (p. 106). Se nos llega a presentar como inevitable la “muerte de la verdad”.



Es grave que el hombre post-moderno haya perdido la perspectiva de la verdad (habría que decir la verdad misma) porque ello le ha llevado al escepticismo más radical². Muchas “filosofías” claramente tendenciosas nos han hecho creer en los últimos años que la voluntad libre del hombre no se puede religar a la verdad, porque el ser humano no puede conocer la verdad; no hay una verdad objetiva válida. En este modo de pensar no tienen cabida ni una antropología³ ni una moral objetivas. Todo quedaría reducido a cosmovisiones subjetivas.

El resultado es conocido por todos. La falta de una formación lingüística e intelectual suficiente deja a nuestros conciudadanos, especialmente a los jóvenes, desarmados, víctimas de los manipuladores, que los manejan para aprovecharse de ellos. Grupos de chicos y chicas acuden rutinariamente todos los fines de semana, por una obligación que se les impone desde fuera, a locales donde se dejan el dinero, se meten veneno en el cuerpo y se aburren mortalmente sin que tengan capacidad de resistencia. Y siempre hay quien gana con ello. Y lo que es peor, algunos de ellos, dirigidos por un líder al que no discuten, repiten consignas que no elaboran ni son capaces de cuestionarse: “negro maleante”, “inmigrante, traficante”, lo que los mueve a la acción y son capaces de apalear o dar una cuchillada a quien se les ordene sin el más mínimo escrúpulo de conciencia.

El lenguaje, don de Dios, casa del ser, alma del hombre, convertido en instrumento abyecto de utilización del hombre por el hombre. No hay mayor abuso. Por medio de la lengua debe brillar el esplendor de la verdad, verdad que el hombre puede conocer, elegir y adherirse a ella.

La mejor manera que tiene el hombre de dar las gracias al Creador por el regalo recibido es aceptarlo, amarlo y cultivarlo; y, como el siervo fiel, administrarlo y sacarle rendimiento. Desarrollar nuestra competencia lingüística para ser más hombres; emplear la lengua para descubrir y propagar la verdad, para relacionarnos con los que nos rodean y para dar gracias al Creador que nos la dio.

³ Una antropología así no hace justicia con el ser del hombre. Hay verdades inmanentes que el hombre puede conocer con su razón. Aunque, bien es cierto que, desde el punto de vista creyente, para que la razón humana conozca bien esas verdades, es de gran ayuda la Revelación.



